

Muchos años antes*

Muchos años después, frente al cuerpo sin vida de Odile, había de evocar aquella tarde remota en que su madre le llevó por primera vez a casa de los Zúñiga. Le arrastraba de la mano por entre las estrechas calles que descendían sinuosas hacia la Puerta Berrozana. Intentaba detenerse en cada esquina, frenar al menos el trote que imponía su madre para retrasar en lo posible la llegada a aquella casa. Ignoraba qué iba a hacer allí, por qué el elegido para tal visita era él y no cualquiera de sus hermanos que habían quedado a la puerta de la chabola como pardales al borde de un nido, en espera incierta de que les cayese algo de comer. Su madre le explicaba precipitadamente las últimas consignas sin darse cuenta de que ni siquiera le había puesto al tanto del motivo principal del ajeteo. ¿Por qué tenía que portarse bien en aquella casa, hablar lo menos posible, no rascarse la cabeza en la mesa ni tocarse los pies en presencia de los señores? Tanta perorata olía a comida, sobre todo no escupir ni morderse las uñas, qué negras, crío, quizá le darían higos, puede que un bocadillo de chorizo, pero daba miedo, adónde le iban a meter y quiénes eran aquellos señores. Procuraba pararse pretextando una china en la zapatilla o que se le había desatado la cinta. Su madre sin duda sabía lo que hacía, como siempre, siendo como era una mujer espabilada y dura, con siete hijos escuálidos y un marido muerto. Sí, ¿por qué iba él a comer y no alguno de sus hermanos, que los había bien esmirriados, o es que estaría él enfermo sin saberlo? Bajaron por la calle de los Quesos sin aminorar el paso, su madre no despegaba los ojos del suelo y le acarrea como si condujera un lechón al sacrificio. No respondía a sus preguntas porque seguramente estaba enfadada con él y con alguien más, mientras dieron las doce en el famoso reloj del Ayuntamiento, o quizá las trece, muchas campanadas, desde luego, doblaron el convento de las josefinas, a veces se las oía rezar cantando con voces de filigrana cosas muy tristes en la penumbra, debían de estar ya resucitadas, pero nadie podía verlas, su hermano Jenaro decía que vivían en habitaciones con las ventanas tapiadas, que a muchas las enterraban vivas y que algunas tenían más de doscientos años. A todo esto, los que le iban a dar de comer, ¿qué le pedirían a cambio? ¿le obligarían a ayudar a misa, a quitar garrapatas a los perros? Si se trataba de rezar el rosario y la comida era caliente bien valía la pena, aunque fuera un rosario de los largos, de esos que las viejas emplean para adormilarse. «¿Vamos a un convento, madre?», y pasaban por debajo del arco de la Puerta Berrozana, con un escudo de los Reyes Católicos, que estaba muy bien hecho,

* Este texto pertenece al primer capítulo de una novela en preparación, aún sin título.

a pesar del poco respeto que le profesaban las palomas que se cagaban en él constantemente. Su madre le dijo: «Y no se te ocurra ir nunca a los Canchos»

Atravesaron la plaza, en el límite de la ciudad, pues más allá aparecían los primeros canchales musgosos que iban creciendo a medida que se avanzaba hacia el monte. La puerta del caserón de los Zúñiga les daba paso a la umbría de una escalera por la que subieron mientras su madre se alargó las faldas y le enderezó esos tirantes demasiado holgados que se le caían cada dos por tres. ¿Por qué estaba asustado si le iban a dar de comer? Atravesaron una galería acristalada siguiendo los pasos de una sirvienta renegrida, de uniforme gris, que se empeñaba en ignorarlos. Por todas partes había plantas de grandes hojas verdes, relucientes, gateando hacia arriba en busca de sol, como en los invernaderos. Acabada la galería entraron en una sala inmensa, diez veces mayor que la casa en la que ellos vivían. Pisaba con tiento las baldosas blancas y negras; en las negras quedaba la leve huella de sus zapatillas, así es que se concentró en elegir sólo las blancas. Las persianas de los balcones estaban echadas y la penumbra se extendía en un dulce frescor que le cosquilleaba los costados; seguía a su madre casi escondido tras sus faldas, y ambos seguían a la criada que sorteaba mesas, sillones y floreros con precisión de murciélagos. De pronto se paró, y ellos también. De detrás de una frágil mecedora surgió la voz seguida del perfil de una dama que poco a poco fue haciéndose distinguible, a medida que la penumbra iba dulcificándose. «Acercaos», dijo, y los miraba risueña a través de unas gafas de concha amarilla. Tenía un libro abierto en el regazo y a él le pareció imposible que se pudiera leer con tan poca luz, pero quizás esas señoras poseían una vista muy fina y en todo caso sabían escoger los escasos rayos de sol que los resquicios de las persianas dejaban pasar. «Así es que tú eres Silverio, ¿eh?» Le inspeccionó con descaro y él miraba en sus negros zapatones la trabilla que se le apretaba sobre el empeine regordete sin que aparentemente le produjera ningún daño. Le decía a su madre que no se preocupara, que una boca menos y que le preparase para el día siguiente, todo empezaría al día siguiente. La señora se levantó con dificultad, dejó la silla balanceándose y comenzó a examinar su cabeza sin tocarle un pelo, mientras en su cara aparecía un gesto de desagrado que inmediatamente substituyó por una media sonrisa en tanto repetía a su madre que no se preocupara.

La realidad es que volvieron con las orejas gachas, andando despacio por la sombra. «¿Y la comida, madre?», mientras cruzaban otra vez por delante del convento de las josefinas, las pobres. Su madre no le prestaba atención y él tenía hambre. Cada vez que se hacía ilusiones le ocurría lo mismo: lo mejor para no pasar hambre era no pensar en ella, pero él ya había olido la comida. Quizá no le había gustado a la señora su pelo negro lleno de rizos tiesos, puede que no estuviera lo suficientemente enfermo. «¿Qué ha pasado, madre, puñetas?» El bofetón seco le pilló con los ojos entornados y vio un remolino de estrellitas azules bailar alrededor. El horno no estaba para bollos, volvían a casa a comer el guiso de caldo y patatas al que no haría ascos con lo tarde que era. Su madre se detuvo delante de la zapatería Honorio y le quiso camelar. «Mañana volverás a casa de esos señores, pero tendrás que ir limpio, con las rodillas lavadas, y las manos; ¿te pica la cabeza?» Vaya pregunta, se dijo para sus adentros, «pues unas veces sí y otras no, como siem-

pre». Nunca se había parado a pensar que pudiera estar sucio. Ahora comprendía lo que le pedían a cambio de la comida: tenía que lavarse. La verdad, hubiera preferido el rosario. Justo ahora empezaba a picarle la cabeza, pero más valía callarse; en general, más valía callarse siempre, porque además casi nunca entendían lo que quería decir. Había aprendido a hablar lo menos posible y eso le libraba de muchas broncas, aunque también se las ganaba por no hablar, cuando le decían que era mudo. Pero echando cuentas, resultaba mejor mantener la boca cerrada.

Al día siguiente su madre le refregó las piernas con estropajo, concentrando los apretujones en las rodillas y en los calcañares. Intentó peinarle mojando mucho el pelo, pero no había forma de sostenerle la coronilla. Finalmente lo miró de arriba abajo y pareció aprobar su labor. Le tomó de la mano y allá se fueron otra vez, calle de los Quesos abajo, hasta la Puerta Berrozana. Silverio iba más preocupado si cabe que el día anterior, con la impresión de que si fallaba otra vez, adiós comida caliente con sustancia, incluso algo mejor que los garbanzos que en alguna ocasión había logrado pillar en Auxilio Social. «Tú no te hagas ilusiones, Silverio, estos señores tienen muchos pobres donde elegir, y tú no eres el más listo ni el más guapo.» Cosas así le iba diciendo su madre, probablemente para sembrar la duda en su estómago, pero éste no sabía de razones.

Sin embargo, todo fue bien en esa ocasión. Su madre le dejó en el portal de la casa, haciéndole la última recomendación de que no se rascara, y Silverio volvió a subir las escaleras acompañado de la criada renegrada. Entró en un comedor donde ya estaba toda la familia sentada alrededor de la mesa. Tuvo que dar más de veinte pasos con la mirada de toda aquella gente sobándole el cuerpo. Llevaba los ojos clavados en las baldosas, quería dar la impresión de humildad, aunque su nariz se espabiló inmediatamente al recoger el intenso olor que provenía de la sopera. La criada le señaló la única silla que quedaba libre y se sentó haciendo el menor ruido posible. «Emilio —dijo la señora dirigiéndose al señor mayor que debía ser su marido—, éste es Silverio.» «Hola, Silverio —dijo el señor—; hijos, éste es Silverio.» Nadie abrió la boca, pero sintió que aquellos cuatro hijos de puta se reían de él por lo bajinis. Hubo un silencio que la criada aprovechó para servir la sopa de fideos. A pesar del calor le estaba cayendo en el estómago como hostia bendita; allá se rieran aquellos golondrinos. En realidad el señor, el marido de la señora, hacía un ruido tremendo sorbiendo la sopa, así es que él también se despreocupó tomándola como si estuviera en su casa. No había dado ni tres cucharadas cuando la señora le cortó con una advertencia que le heló la sangre: «Silverio, no hagas tanto ruido al comer.» Aunque lo había dicho con voz suave, pensó que le iban a echar del comedor. Trató de calmarse, era casi imposible sorber sin ruido, había que dejar caer el líquido en la boca, con el peligro de que le chorreara por las comisuras de los labios. Le pareció estar dando de beber a un cernícalo. Tomada con tantas dificultades la sopa sabía peor, si bien el marido seguía haciendo todos los gorgoritos que le venían en gana. Cuando terminó, la señora le preguntó si quería más. No supo qué decir, quizás aquello era plato único. La señora sonrió. «Hortensia, sírvele tres cucharones más.» Los hijos de puta de los hijos también se rieron mientras la criada servía tres cucharones, ni uno más ni uno menos. Como nadie repitió, todos esperaron a que terminara, con lo que el azoramiento le hacía disfrutar